

*"...Alguien me habló todos los días de mi vida  
al oído, despacio, lentamente.  
Me dijo: ¡vive, vive, vive!  
Era la muerte."*<sup>i</sup>

Ya lo dijo alguna vez el maestro Sabines, y nada podía ser más cierto que ello, como un mantra de vida y dedicarnos a ello; sin embargo, que sucede cuando ello ya no es posible, cuando la vida se detiene, cuando el panorama se vuelve incierto y no sabemos cuando retomara su curso. De pronto, el salir se volvió todo un peligro; los abrazos desaparecen, el hablar frente a frente no existe y el contacto físico se volvió un riesgo, y así, cada cosa que tocamos es una afrenta a la posibilidad de enfermarse, de morir, de causar daño a tu prójimo; todo se vuelve tóxico e intocable.

La vida se detiene, todas aquellas actividades que en el pasado disfrutábamos (o no), desaparecieron; de pronto el ir al cine, al teatro o al centro comercial, es tabú y comenzamos a añorar ir a aquella reunión familiar a la que tanta flojera nos daba asistir; comenzamos a desear festejar nuestro cumpleaños en grande; el estrés de la oficina, del tráfico, comenzaron a buscarse en soledad. De pronto, un día, nos quedamos en casa, algunos acompañados (placentero o no), otros en soledad (por decisión o no); nos volvimos ermitaños, reclusos, anexados; nos dedicamos a contar el tiempo y a buscar actividades para evitar enfrentarnos a nosotros mismos, a nuestra compañía, a esa soledad que nos aterra al estar frente al aislamiento social; buscamos libros que leer, películas para ver, tareas caseras para realizar, y poder decir "soy productivo", creerlo aunque fuera por un momento; comenzamos a mirar con esperanza, tratando de encontrar esa luz al final del camino, ese ápice de ilusión de que terminara pronto y después de todo esto, seremos mejores personas, "iluminados", así sin más, sólo por estar en casa siendo "productivos"; tiempo para poder presumir todas nuestras actividades del día y así alardear de nuestra creatividad; nos acercamos a la tecnología para conectarnos a distancia, charlar, vernos, y sentir que estamos allí, acompañados, con lazos a distancia. De pronto, comenzamos a querer, a sentir, la fe brotó a raudales, pero en el fondo sabíamos que nada cambiaría, por lo menos no pronto, y nos molestamos por ello; entendimos de las crisis económicas, las laborales, las de salud; contemplamos detenidamente a aquellos que no hacen caso, y repartimos sermones a diestra siniestra, juzgamos, ordenamos... "¡quédate en casa, carajo!", y ostentemos tener razón, tener de todo controlado. Comenzamos a preocuparnos por el desprotegido (humano o animal), él que su casa estaba en el exterior, él del trabajo informal, por aquel que perdería su trabajo; alabamos a los héroes de verde y blanco, a aquellos

que arriesgaban su vida por la salud de los demás, buscando que todos voltearan a ver, a reconocer, a ayudar; pero de pronto, lo vimos todo cerca; al vecino sin trabajo, al que sale diario a la calle por su trabajo informal, al médico que tiene contacto con los enfermos, y de pronto, volteamos la mirada a otro lado, a dejar de saludar; les echamos cloro, café caliente, les gritamos, sentenciamos que nuestra salud es primero, en ver por mí y por mi familia, por mi economía que es primordial, antes de brindar ayuda.

El tiempo siguió pasando, vimos como el resto del mundo hablaba de su aislamiento de meses, que continuaba, y pronto, entendimos que el nuestro sería mayor de lo pensado; comenzamos a profesar que su hogar es mejor, su economía es mejor, que no tienen nuestras carencias; en un par de semanas, quisimos huir, gritar, volver a tener una vida "normal"; culpamos al vecino, al gobierno; desarrollamos teorías conspirativas sobre el origen de todo, e incluso, enfrentamos nuestra muerte al preferir salir que al cabo "de algo he de morir", sin pensar en el prójimo; preferimos eso, que seguir en esta prisión que antes llamábamos hogar. Las charlas en casa dejaron de ser tan amenas y sabían a estrés; los mensajes comenzaron a quedarse "en visto" y a ser más breves; cada quien entro a su trinchera, a pensar (enfrentarse) por sí mismo, a mirar de frente sus miedos, a conocer o reconocer a sus demonios; nos dimos cuenta, de que ese escenario desolado en una cabaña dentro del bosque, donde nos perderíamos sin internet un mes para desconectarnos del mundo, no era tan paradisiaco como creíamos; entendimos que sí teníamos problemas internos por resolver; que en realidad, nos da miedo la soledad, nos encontrarnos solos o mal acompañados; de pronto, el mundo dejo de temerle a un virus, y comenzó a temerse a sí mismo, a abrirse a su prójimo y hablar de ello, y así, esa distancia social (emocional), se marcó un poco más; en casa, en la redes, buscando culpables, sentenciando en cada oportunidad a quienes alargan más nuestra condena. De pronto, un día, nos dimos cuenta que contábamos las horas para ser hora de dormir, pero no lográbamos conciliar el sueño, saludamos al insomnio, cada vez vimos más lejana esa esperanza de ser mejores personas al terminar todo esto, no supimos cómo; vimos como en países europeos, como España, donde creíamos que su vida era mejor, donde la música sonaba en los balcones, donde los músicos hacían conciertos en línea, cambiaron, llegaron huelgas digitales de arte, por la falta de ingresos y poro apoyo del gobierno; nos dimos cuenta que la ciudad más cosmopolita del mundo, ahora no sólo se había visto vulnerada por terroristas, no sólo perdió sus Torres Gemelas, sino que su

gente moría por miles, cada día; nos dimos cuenta vimos que todas las naciones "se derrumban", pero aun así, la muerte, que no dejaba de rondar cada día, insistía en nuestro oído, invitándonos a vivir... Tal vez, Sabines, estaba equivocado; esto no es vida.

Pero tal vez, esa celda que hemos creado en nuestro día a día, podamos poder aún ver hacia dentro y encontremos un de luz, si dejamos de competir en ver "produce más", quien sale de esto con más habilidades; en comprender el verdadero valor de los libros, de la música, la pintura, del arte; no sólo son entretenimiento, como un pasatiempo, entender que representan emociones y experiencias de su creador, que son una ventana a otros mundos, a otras épocas, a otras culturas y formas de mirar al mundo, y viajemos; poder ver a nuestro alrededor, física y virtualmente y comencemos a sentirnos en verdad acompañados, a valorar aquellas pequeñas y tan grandes muestras de amor, entender que no están en un regalo material o una cena costosa, sino en quien esta ahí, día a día, en contacto con nosotros, preguntando cómo estás, si ya comiste o si tiene algo para comer, que desea compartir algo que acaba de ver, contigo y transmitir lo que le hizo sentir; en tener nuestro día a día, dejando de querer llenarlo con actividades minuto a minuto, sino en aprender también, a dejar correr el tiempo, poner pausa, dejarlo ser y que pase suave, lentamente, parar la marcha por un momento, que tener paz, también es productivo; mirar al exterior y apreciar el canto de las aves, escucharlos más allá de los ruidos de la ciudad, contemplar el azul del cielo o los colores de la flor nuestro jardín; dejar de competir por el espacio en casa, por el ego de quien aporta más y tratar de definir quién es "mejor persona" evitar buscar controlar al prójimo, que hay personas encargadas de ello; poder apreciar a la persona en nuestro hogar, no todos tienen la oportunidad de tener a alguien a su lado; y así, compartir momentos de verdad, abrirnos y poder vernos vulnerables, sin miedo; en reconocer a quien nos busca a la distancia, por que no todos lo hacen; comprender que todos vivimos nuestras propias batallas en estos momentos y ser asertivos con ello; conectarnos en realidad con nuestro interior y ser honestos con lo que encontremos, conectarnos con el prójimo, todos estamos viviendo lo mismo; buscar soluciones y no culpables; entender de verdad, aquella frase que ocasionalmente usamos como mofa, "Lo bueno que tenemos salud", porque a más de un millón que la perdieron, en ser empáticos, ayudar, dar, y principalmente, amarnos y cuidándonos en primera persona; así, cada quien desde su trinchera, como una cadena de fuertes eslabones, seremos un mundo lleno de amor, todos estaremos seguros. En ese día, la muerte no tendrá

que recordarnos vivir cada día, por que habremos aprendido a hacerlo nosotros mismos

Rodrigo Arce López

Tlajomulco de Zúñiga, Jalisco a 11 de abril de 2020

---

<sup>i</sup> Poema "Del Mito"

Autor; Jaime Sabines

Año: 1951

Libro: La Señal

País: México

Editorial: Joaquín Mortiz